

¿Tiene futuro la humanidad?

Aparecía en la prensa un artículo sobre la Conferencia de Poznan, donde, se supone, las representaciones de más de 180 países, altas personalidades y el propio Secretario General de la ONU buscan soluciones al cambio climático.

En realidad este foro se ha convertido en un centro de intercambio de recriminaciones: las potencias emergentes recriminan a los países ricos el hecho de "poner palos en las ruedas" de sus economías con las medidas que se pretenden adoptar a la vez de ser los responsables de la situación actual, los países ricos acusan a los primeros de falta de responsabilidad ante el problema presente, EUA hace oídos sordos a todo el mundo y va a su "bola". La propia Unión Europea, que supuestamente lidera y es el motor de la cumbre, presenta una fuerte división interna. Las últimas incorporaciones procedentes de la Europa Oriental rechazan las directrices medioambientales de la UE por considerar que obstaculizan su crecimiento económico. A raíz de la crisis mundial, Alemania e Italia cuestionan a Bruselas, hasta el punto de que Berlusconi ha anunciado el veto al acuerdo medioambiental de la UE. El presidente de la República Checa, Václav Klaus, descarta cualquier relación entre la actividad humana y el cambio climático ("Planeta azul –no verde-").

Tal y como están las cosas, el objetivo de reducir las emisiones de CO₂ en un 20% en el año 2020 no resulta creíble. De hecho entre 1990 y 2006 los países desarrollados han incrementado sus emisiones en un 14,5%, traicionando así sus compromisos de Kioto, según manifiesta Sunita Narain, directora de la ONG india Center for Science and Environment.

El problema es que en este contexto económico, los objetivos de reducción son, cuando menos, improbables. Es lógico que el tercer mundo reclame sus derechos a desarrollarse económicamente, es lógico que los países europeos en peor situación económica reclamen así mismo el progreso y desarrollo de sus economías, es lógico que los países desarrollados no quieran entrar en una fase de retrocesos económicos. Todo esto es lógico y el problema es que el modelo económico está fundamentado en el crecimiento constante. Desde la economía nacional más desarrollada a la pequeña y mediana empresas, pasando por las multinacionales basan su funcionamiento y la propia capacidad de supervivencia en el mercado en el crecimiento. Cada año hay que producir más que el anterior. Es necesario producir más y ser más grande. Pero si la actividad económica tiene que ser mayor, lógicamente, tanto los consumos de materias primas como la producción de residuos (entre ellos el CO₂) tienen que crecer. Es un pez que se muerde la cola. Estamos ante un círculo cerrado del que no podemos salir.

¿Son, pues, esperables medidas reales para frenar el cambio climático? La verdad es que no. Pueden tomarse medidas parciales, es verdad. Muchas de ellas ya están de hecho anunciadas. Compensaciones a países del tercer mundo para que conserven sus bosques tropicales, mejoras en el aprovechamiento de las fuentes energéticas, potenciación del reciclaje, y todas cuantas acciones mejoren el aprovechamiento de los recursos y reduzcan la emisión de residuos.

Pero todo eso en realidad no es significativo. En el mejor de los casos relentecerá la aparición del caos (o crisis, como se prefiera) final a la que inexorablemente deberemos enfrentarnos.

El problema real es este modelo basado en el permanente crecimiento y en tanto no se aborde este problema, no es posible desarrollar una solución real a la situación con la que nos enfrentamos. Y un cambio en el modelo económico que descarte el crecimiento como motor del sistema deberá venir acompañado con un programa encaminado a reducir la población del planeta. Evaluaciones técnicas estiman la cifra máxima deseable en 3000 millones, que hace tiempo hemos sobrepasado (años 60), aunque en mi opinión la cifra óptima sería la de principios del siglo XX (1600 millones).

A la luz de esta realidad, no cabe esperar milagros de las "cabezas pensantes" que dirigen nuestra sociedad. El hecho reciente de la famosa reunión en Washington para coordinar respuestas a la crisis, partió de la condición del mantenimiento y asunción por todos los partícipes del modelo económico actual, el mismo que por otra parte es la causa última de esta crisis.

Si la ambición, la avaricia y el egoísmo (los tres motores de nuestro sistema económico) nublan la capacidad de entendimiento de los dirigentes políticos y económicos del mundo, es impensable que sean capaces de tomar las medidas realmente necesarias para afrontar los retos que se nos vienen encima.

Cuando las cosas empeoren, y empeorarán, será cuando se vean obligados a hacer frente a la realidad. Lo que no quiere decir que las medidas que, llegado el momento, se tomen sean las mejores para la humanidad. La tentación fascista estará presente y la lucha entre pueblos, naciones, estados por la simple y básica supervivencia pueden convertir nuestro futuro en dantesco.

Solo el requerimiento de soluciones efectivas por parte de la sociedad, la exigencia de un nuevo orden basado en las necesidades reales de los ciudadanos y no en los ratios de beneficios empresariales, puede abrir una vía de esperanza a nuestro futuro. Aunque, sinceramente, soy bastante pesimista al respecto.